

UN BREVE ANÁLISIS DEL MOVIMIENTO COMUNISTA EN EL PARADIGMA DE LA POSMODERNIDAD

LLUÍS RODRÍGUEZ CUETO

INTRODUCCIÓN

En este artículo, abordaremos la situación del movimiento comunista en el paradigma de la posmodernidad y, por ende, en el estado de derrota histórica en el que se halla anclado desde hace décadas. Antes de empezar, me gustaría adelantar que el análisis realizado se organiza por agrupaciones y tendencias considerablemente genéricas, por lo que no nos detendremos en las particularidades de cada organización política. En este sentido, también quiero recalcar que no estamos hablando de agrupaciones monolíticas, estancas e inamovibles y es más que probable que algunos casos particulares

195. Fontana, J.; *El siglo de la revolución: una historia del mundo desde 1914, 2017*, Crítica Ed., Barcelona.

de determinados sectores y organizaciones no se encuadren a la perfección en éstas, o que aún estén derivando hacia alguna de las tendencias comentadas. Tampoco hablamos de conjuntos homogéneos y con un desarrollo teórico-práctico idéntico, sino de sectores y organizaciones que comparten el mismo viraje. Además, cabe destacar no hablamos de simples comportamientos o características individuales de cada uno. Por eso, invito a todo aquel que se pueda sentir apelado o incluido en alguno de estos bloques a que no se limite a pensar exclusivamente en su caso particular, sino que reflexione más profundamente sobre las dinámicas que se dan en su espacio de actividad política y luego extraiga sus conclusiones. Por último, si bien es probable que el lector promedio sea alguien próximo o dentro del movimiento comunista, el artículo no pretende ofrecer un análisis cerrado e incomprensible para todo aquel o aquella que se acerque desde fuera. Animo a cualquiera que tenga interés por el tema a llegar hasta el final de esta exposición que he realizado con mi mayor intencionalidad divulgativa.

UNA DERROTA HISTÓRICA Y UN NUEVO PARADIGMA

Probablemente, si debemos partir de un punto, sea de éste. La situación en la que se encuentra el movimiento comunista a día de hoy es resultado de la derrota histórica del ciclo revolucionario del siglo XX. Si bien englobar prácticamente todas las experiencias revolucionarias del siglo pasado a partir de la revolución de octubre en este ciclo puede ser reduccionista o convertir este término en un cajón de sastre en el que todo tiene cabida sin contemplar sus diferencias y particularidades, sí que es útil para hablar de una tendencia o un paradigma que cambia en un momento determinado. Este momento determinado es un punto fundamental para lo que nos concierne en este artículo. Hablamos del conocido giro que se produce en los años setenta y que continua con lo que algunos historiadores han denominado una contrarrevolución conservadora a partir de los años ochenta¹⁹⁵.

Durante este período, dicho de forma muy sintética, asistimos al fracaso del sesentayochismo y el fin de cualquier tipo de esperanza de revolución en Europa occidental, así como a las continuas decepciones electorales y la crisis del eurocomunismo; el declive del socialismo árabe, la revolución islamista iraní y el auge de movimientos islamistas (nacionalismo panislámico) en el seno y más allá de las fronteras que había establecido el nacionalismo panárabe¹⁹⁶; el fin de la revolución cultural y el giro capitalista en China; los diferentes golpes de estado e instauraciones de dictaduras militares en América Latina con implicación de EEUU, destacando el caso de Chile (que supuso un duro mazazo para aquellos que pretendían alcanzar el socialismo a través de las urnas); la victoria de Margaret Thatcher y el desmantelamiento del Estado del bienestar y del tradeunionismo británico, la elección de Ronald Reagan en EEUU y el declive de los movimientos raciales, etc. Además, todo ello estuvo marcado por la llamada crisis del petróleo de los años setenta, que acabó con la idea de crecimiento económico ininterrumpido que algunos (keynesianos en buena parte) habían querido vaticinar previamente¹⁹⁷. No obstante, mientras algunos señalan esta recesión como un aspecto fundamental, otros cuestionan el carácter determinante de ésta para el cambio de paradigma que se estaba produciendo. Esta crisis, junto a otros sucesos, sería un factor de gran importancia en la reestructuración económica de esos años que tendría como objetivo subsanar problemas de rentabilidad o valorización del capital y que supondría la transición del sistema keynesiano-fordista al posfordista y el surgimiento de un nuevo régimen de acumulación marcado por la flexibilidad, con todas las implicaciones (tanto materiales como ideológicas) que tendrían las nuevas condiciones generadas por éste¹⁹⁸. Así pues, estos cambios socioeconómicos serían determinantes en la caída del modelo bienestarista (que tras su apariencia armónica ocultaba unas contradicciones y antagonismos insalvables) y el nacimiento de un nuevo paradigma. Por otra parte, no podemos olvidar que, aunque el horizonte revolucionario y emancipador se hubiese abandonado mucho antes y fuera poco más que retórica por aquel

196. Tarbush, J. A.; *Pensamiento político, ideologías y experiencias de gobierno, en El mundo árabe e islámico. Experiencia histórica, realidad política y evolución socio-económica*, 2006, Universidad del País Vasco, Bilbao.

197. Fontana, J.; *El siglo de la revolución: una historia del mundo desde 1914*, *ibid.*, op. cit.

198. Harvey, D.; *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, 1990, Amorrortu Ed., Buenos Aires.

199. Madrid, I.; *Acercamiento a la posmodernidad (configuración de nuestro período histórico)*, 2020, Contracultura.

entonces, la caída de la URSS y del bloque del llamado «socialismo realmente existente» consumó la derrota del ciclo revolucionario del siglo XX. Además, confluendo con todo lo anterior, en este momento empiezan a surgir nuevas corrientes teóricas y filosóficas que quiebran con las bases de la modernidad, así como novedades culturales, artísticas y estéticas que desechan lo anterior. Y toda esta confluencia de transformaciones políticas, económicas, sociales, filosóficas y culturales nos anuncian claramente la apertura de una nueva etapa histórica¹⁹⁹.

Así pues, a partir de ese giro iniciado en los años setenta, se produce un punto de inflexión y empieza a darse un cambio de paradigma. Durante esos años, entra en crisis la concepción de la historia de la humanidad como un proceso de progreso ininterrumpido, una idea de largo recorrido que va desarrollándose, transformándose, entrando en crisis y reformulándose. En este momento de crisis, ideales ilustrados como los de la libertad, igualdad o fraternidad empiezan a verse más inalcanzables, el capitalismo empieza a aparecer como un sistema omniabarcante y demasiado resistente, su superación comienza a parecer imposible y la revolución una tarea irrealizable o, incluso, sin sentido, desfasada. Sería poco tiempo después cuando Fukuyama publicase su famosa obra *El fin de la historia y el último hombre*, confirmando el cambio de tendencia y plasmando el espíritu de este nuevo período (a pesar de las claras insuficiencias de este escrito). Así pues, el resultado final de esta derrota histórica sería el indiscutible triunfo del capitalismo, que saldría reforzado de esta batalla y concebido como invencible, y el advenimiento de este nuevo paradigma o lógica sociocultural: la posmodernidad.

En 1979, Jean-François Lyotard sería el primero en poner sobre la mesa este concepto con su obra *La condición postmoderna*, término que usó para describir este nuevo paradigma del capitalismo en el que nos hallamos inmersos. Desde entonces, no solo han corrido ríos de tinta sobre este nuevo escenario en el que nos encontramos, sino que el concepto

ha traspasado los muros de la Academia y se ha colado en la agenda política hasta el punto de generar debates cíclicos en torno a éste constantemente. El aspecto positivo de esto es el impacto en la propia sociedad que ha generado la autoconciencia del momento histórico en el que vivimos y, quizás siendo algo optimistas, el inicio de una mayor comprensión y de un conocimiento más profundo acerca de éste en cada vez más círculos. Por otra parte, como contrapartida, asistimos a un uso cada vez más banal e interesado, cada vez más tergiversado, por parte de ciertos sectores, llegando hasta el punto de vaciar absolutamente de contenido este término y convirtiéndolo en la palabra comodín para cualquier crítica superficial. Lo que no comprenden estos sectores es que la posmodernidad no es más que una continuación determinada de la propia modernidad y que muchos de los aspectos y dinámicas de ésta no son más que una exacerbación de las que se deban en esa modernidad que tanto tienden a añorar. La posmodernidad no es más que una modernidad cansada, hastiada y sin ese impulso revolucionario que empuja(ba) a la humanidad a su emancipación, que surge como fruto de una gran derrota histórica. Por otra parte, es evidente que también tiene sus propias características y particularidades, entre las cuales me gustaría destacar la crisis de los metarrelatos (como el progreso, la Ilustración, la emancipación, etc.)²⁰⁰. Ésta vuelve muy problemática la concepción de la totalidad y, por tanto, casi imposibilita en la práctica la construcción de una totalidad superadora al capitalismo (una totalidad con su metarrelato que, en cambio, no se cuestiona). Consecuentemente, ante este panorama tan desolador, tan solo quedaría la gestión de lo dado y la reivindicación o resignificación de lo existente. Todo esto explica, en parte, fenómenos tan recurrentes como la proliferación de relatos distópicos y apocalípticos en todos los ámbitos (ya no solo en la ficción, véase con la crisis climática, denominada por algunos como apocalipsis climática, ante la imposibilidad de concebir un nuevo modo de vida más allá del capitalismo que respete los límites naturales del planeta), los constantes intentos de la izquierda por dar un nuevo significado a la familia, la nación, el Estado, el

200. Lyotard, J.; *La condición postmoderna*, 1979, Cátedra Ed., Madrid.

201. Jameson, F.; *Ensayos sobre el posmodernismo*, 1991, Imago Mundi, Buenos Aires.

202. López, A.; *La trampa de la unidad entre marxismo e interseccionalidad*, 2021, El Salto Diario.

patriotismo, etc., o la simple reivindicación de determinados regímenes (URSS, Cuba, China, etc.) por parte de la mayoría de comunistas al no poder concebir nada más allá de lo existente (o existido) y no enfrentarse a la realidad de que el mundo al que aspiramos (una sociedad sin clases basada en la asociación de individuos libres) todavía no ha sido construido.

LAS POSTURAS ANTE LA POSMODERNIDAD

Una vez dadas estas breves pinceladas sobre esta nueva etapa histórica, nos centraremos en las diferentes posturas que se tienen ante ésta. La postura ante la posmodernidad es de capital importancia por diferentes razones. En primer lugar, porque ningún posicionamiento es unilateral o está aislado del resto, por lo que la postura a este respecto tiene repercusión en otras posiciones e, incluso, nos puede indicar cuáles pueden ser en algunos casos. En segundo lugar, porque pocas cuestiones pueden ser tan relevantes como la comprensión del paradigma del propio momento histórico en el que nos encontramos para articular un movimiento verdaderamente transformador en un sentido revolucionario y emancipador. Y, en último lugar, porque nos puede dar una noción sobre la situación del movimiento comunista actual y su asimilación o no de la derrota histórica del siglo XX.

Así pues, de forma similar a Jameson, podríamos definir *grosso modo* tres posturas ante la posmodernidad y su comprensión. En primer lugar, tendríamos la «vía positiva» a la posmodernidad o «pro-posmoderna»²⁰¹, es decir, su aceptación y asimilación sin problema alguno (al menos aparentemente). Con esta postura, encontraríamos a los denominados movimientos y luchas parciales, que se imbricarían cómodamente a la lógica de la posmodernidad, así como a un sector comunista (reformista) que, ante su derrota histórica y crisis ideológica, asumiría agradablemente su papel de actor secundario como movimiento parcial centrado en determinadas luchas y reivindicaciones (fundamentalmente econó-

micas) y aliado con otros movimientos parciales que podrían analizar problemáticas que supuestamente no se podrían abarcar desde el marxismo. Si bien es cierto que carecen o tienen una noción limitada de la universalidad y de la totalidad (véase el caso de la interseccionalidad, que contempla la totalidad como una simple suma de partes, unas partes que además apuntalan el orden social existente y empiezan y acaban en el Estado capitalista)²⁰², nos muestran las claras deficiencias que tuvo (y tiene) el movimiento comunista en algunos casos a la hora de analizar, por ejemplo, el sujeto revolucionario.

203. Jameson, F.; Ensayos sobre el posmodernismo, *ibid.*, op. cit.

En segundo lugar, nos encontraríamos la «vía negativa» (en un sentido vulgar y no dialéctico) a la posmodernidad o «anti-posmoderna»²⁰³. En algunos casos, también acaba siendo «anti-moderna» aunque no dejen de apelar a la modernidad en su retórica, pues denuncian y desechan rasgos de la posmodernidad que también se encuentran en la modernidad (como por ejemplo la falta de armonía, orden y sentido en la sociedad o la disgregación del sujeto del objeto). Dentro de este extenso grupo aglutinado por esa postura negativa, contaríamos con un amplio abanico que abarcaría desde conservadores hasta reaccionarios de todo tipo, incluyendo reaccionarios de izquierda y autodenominados comunistas. Todos ellos desaprobaban la posmodernidad en su retórica (no en su praxis, pues se encuentran inmersos en ella) y apelarían o bien a la conservación de los valores e instituciones tradicionales, o bien a la vuelta a un pasado idealizado y ordenado (aquí se puede introducir desde la España franquista hasta los treinta gloriosos de posguerra con el Estado bienestarista en el Reino Unido o la URSS de los años treinta que se encontraba en auge mientras el mundo capitalista sufría una de sus mayores crisis económicas). Teniendo en cuenta lo polémico que puede sonar esto, y a raíz de las quejas por parte de un sector de izquierdas que aclama consignas como que «ahora cualquiera es reaccionario» o «ahora reivindicar *introdúzcase cualquier reivindicación tradicional del movimiento obrero* me hace reaccionario», me gustaría dedicar algunas líneas a

puntualizarlo. Aspirar a unas determinadas reformas o a un determinado sistema político (sea por ejemplo el Estado del bienestar como máxima de la socialdemocracia o el Estado obrero como máxima de un sector socialista) no es reaccionario siempre y cuando se pretenda articular desde el presente, desde las condiciones de existencia actuales (sin quitar que se tomen lecciones de experiencias pasadas). Sin embargo, lo que es problemático es cuando esa aspiración a un determinado modelo se vuelve una reivindicación de una experiencia pasada idealizada y una apelación a la vuelta a la etapa histórica previa en la que se pudo desarrollar, desechando todo lo surgido posteriormente (con las graves consecuencias que esto conlleva). Ahondaremos en ello posteriormente.

En último lugar, tendríamos una tercera postura, que me parece la más interesante y en la que encuadraríamos al sector comunista con verdaderas intenciones de acabar con el capital o, simplemente, revolucionario (una redundancia que, por desgracia, es necesaria realizar a día de hoy). Se trata de aquella postura que comprende qué es la posmodernidad y qué limitaciones tiene para la emancipación humana, aquella que ni acepta o celebra la posmodernidad, ni la desapueba o condena de forma abstracta y reduccionista, aquella que entiende que la negación de la posmodernidad no se conseguirá con ninguna vuelta atrás, sino tan solo atravesándola y mediante su superación, y aquella que sabe que esta superación solo puede pasar por la propia superación de las condiciones de existencia actuales generadas por el capitalismo tardío. Desde esta perspectiva, cuando se rechaza esa «vía negativa» a la posmodernidad, no se hace estando conforme con lo existente, sino pensando en las potencialidades o condiciones históricas de posibilidad del capitalismo tardío (en el que se enmarca la posmodernidad como su lógica socio-cultural) para ser superado y siendo conscientes de la necesidad de recuperar la noción de totalidad (como aboga Jameson) desde el nuevo punto de partida que nos ofrece la posmodernidad (contando con las experiencias y lecciones extraídas de ésta). Así pues, una de las tareas fundamentales del conjunto con-

formado por aquellos que comparten esta postura es trabajar para poner de relieve las contradicciones latentes en el seno del capitalismo tardío, empezar a concebir esa nueva totalidad superadora del capitalismo y articular el movimiento que haga efectiva esa superación.

Una vez expuestas las diferentes posturas generales ante la posmodernidad, nos centraremos algo más en la situación del movimiento comunista y sus organizaciones en este paradigma de derrota histórica y de crisis ideológica, aunque ya hayamos hecho algunos adelantos bastante importantes. La relación entre el marxismo y la posmodernidad es tan compleja como problemática, pues algunos rasgos de la segunda (fin de los metarrelatos, rechazo de la universalidad y la totalidad, culto a lo fluctuante, la diferencia y la pluralidad infinita, relativismo, imposibilidad de la revolución, etc.) ponen en tela de juicio algunas de las bases más fundamentales del primero. Por eso, la reacción lógica en primera instancia es ese rechazo abstracto y tajante a la posmodernidad. Sin embargo, como ya sabemos, esa desaprobación de la lógica socio-cultural existente es estéril, pues todos nos hallamos inmersos en ella y solo podemos actuar desde ella, incluso aquellos movimientos que pretenden fundamentarse en base a una oposición de la misma. De esta manera, progresivamente, las organizaciones comunistas que aún no han asimilado su derrota y crisis ideológica, que tienen una visión vulgar del marxismo y que no pueden imaginarse nada más allá de una repetición de las experiencias revolucionarias pasadas, acaban asumiendo los preceptos de la posmodernidad y reproduciendo sus dinámicas (sean más o menos conscientes o más o menos favorables a ello).

LAS NUEVAS Y VIEJAS ORGANIZACIONES COMUNISTAS REFORMISTAS ESTANCADAS EN LA DERROTA

Debido a esa complicada relación entre el marxismo y la posmodernidad, prácticamente ningún sector ni ninguna or-

204. López, A.; *La trampa de la unidad entre marxismo e interseccionalidad*, ibid., op. cit.

205. López, A.; *La trampa de la unidad entre marxismo e interseccionalidad*, ibid., op. cit.

ganización comunista se declara abiertamente favorable a la posmodernidad (algo que sería tan absurdo como declararse en contra). No obstante, tal y como hemos adelantado previamente, buena parte del movimiento se acaba inclinando hacia esa postura positiva en la práctica. Ante la derrota histórica y la crisis ideológica sin superar, asumen ese papel de actor secundario que les han dejado, aceptan ese pequeño espacio como movimiento parcial encargado de analizar y reivindicar cuestiones meramente económicas y adoptan la cosmovisión propia de la interseccionalidad. Al abrazar esta cosmovisión, es decir, la creencia de que las diferentes opresiones existentes emanan de diferentes sistemas opresivos autónomos y que la liberación de los colectivos que sufren estas opresiones pasa por la acción conjunta de las diferentes luchas parciales (cada una en su ámbito, pero relacionadas), reducen el marxismo al simple economicismo y la actividad práctica al mero sindicalismo. Buena parte de los integrantes de este sector se quejarán de que no solo abarcan cuestiones económicas, pero cuando pretenden tocar otros ámbitos o problemáticas no hacen más que recurrir a otros movimientos, otras formas de conciencia u otros métodos de análisis²⁰⁴. Así pues, esta unión externa de las diversas luchas parciales dista mucho de la noción de totalidad y unidad marxista que se debe aspirar a recuperar para anular y superar el estado de cosas actual. Esto no quita las lecciones que debemos extraer de todos estos movimientos espontáneos y parciales que evidencian la incapacidad que tuvieron (y siguen teniendo en algunos casos) los marxistas para abarcar distintas problemáticas más allá de la clase social y para concebir la totalidad y el sujeto revolucionario. Sin embargo, tampoco podemos obviar que la interseccionalidad no contribuye a la concepción de ese/os sujeto(s) revolucionario(s), puesto que, debido a sus bases teóricas y a su espontaneísmo y fragmentación de luchas, acaba siempre derivando en el reformismo y la asimilación por parte del Estado (capitalista)²⁰⁵. Solo desde una nueva perspectiva marxista podremos concebir el sujeto revolucionario totalizante que, recalco, debe respetar la heterogeneidad y la diversidad del proletariado, así como la igualdad entre sus diversos sec-

tores y sus demandas. Por otra parte, también es cierto que esa asimilación de las tesis interseccionales se debe muchas veces a seguidismo de las masas o a puro tacticismo político en un intento desesperado por captar gente entre las filas de su organización en permanente fase de acumulación de fuerzas.

Más allá de este aspecto, otro problema de gran envergadura de estas organizaciones es que están ancladas tanto en la teoría como en la práctica al ciclo revolucionario anterior. Todavía no han asumido la derrota histórica y la crisis ideológica del marxismo, así como del modelo de organización revolucionaria del ciclo previo: el partido de tipo leninista (que, en realidad, suele ser más bien reproducción caricaturesca, deformada y tergiversada del mismo). Se mueven a la deriva en este nuevo paradigma defendiendo un marxismo y un leninismo bastante pobre y superficial y, como hemos visto, haciendo lo que sea por no pasar de la irrelevancia actual a la absoluta desaparición. Así pues, aunque no pretendan una vuelta atrás y continuación de las experiencias revolucionarias del siglo XX, como reivindican determinados movimientos reaccionarios, estas organizaciones siguen usando las mismas fórmulas (o lo que es peor, unas fórmulas mucho más vulgares) que entonces. Por ello, estos sectores del movimiento comunista se ven condenados a reproducir los errores del ciclo revolucionario pasado e, inevitablemente, a mantenerse en este estado de derrota e incomprensión de la realidad existente.

Además, esa reducción que hemos comentado del marxismo al economicismo y de la actividad práctica al sindicalismo y esa asunción de su nuevo papel como movimiento parcial que lucha por mejoras en abstracto, abocan inevitablemente a estas organizaciones al reformismo. Esto se evidencia de forma aún más explícita cuando se les pregunta qué plan han trazado para la revolución y la superación del capitalismo. Las respuestas suelen variar entre estadios de transición (república, industrialización, recuperación de la soberanía, etc.) y la

necesidad de aglutinar fuerzas hasta la llegada de una situación revolucionaria, algo que parte de la propia incompreensión de estas organizaciones de que las situaciones revolucionarias no llegan, sino que se generan; de su incapacidad para concebir el sujeto revolucionario totalizante y la revolución en sí; y de su total falta de intención de llegar a ese escenario. Y, atención, concretar todas estas cuestiones no es para nada fácil (se trata de algunas de las mayores tareas que tenemos pendientes a día de hoy) y tan superficial e insuficiente es la postura de estas organizaciones como la de que todo lo que no sea tomar las armas no vale, pero eso no quita todo lo dicho anteriormente y que la inmensa actividad de estas organizaciones vaya encaminada a su propia retroalimentación. Algunos se ofenderán con estas líneas y argumentarán que buena parte del trabajo realizado en estas organizaciones no está tan solo orientado a conseguir mejoras y a engrandecerse, sino a ir ganando el apoyo de las masas progresivamente hasta poder hacer la revolución. No obstante, cuesta creérselo cuando no hay ninguna estrategia más allá del crecimiento numérico hasta no se sabe qué punto, cuando tras décadas en un estado de derrota apabullante apenas se han cuestionado sus bases, funcionamiento o estrategia, cuando al reunirse y tratar temas como la actuación en los frentes de masas o las convocatorias de movilizaciones se respira poco más que oportunismo, cuando al intervenir en esos frentes de masas se prima el éxito de la línea de la organización antes que el correcto funcionamiento de estos espacios (llegando al punto de convertirlos en chiringuitos estériles o de acabar con ellos directamente), etc. En definitiva, todo tipo de retórica se vuelve inverosímil cuando todos sus esfuerzos no están destinados a promover la (auto)organización del proletariado y a generar las condiciones de posibilidad de la revolución, sino a engrosar las filas de su propia organización por encima de todo.

Por último, más allá de este aspecto, es importante recalcar toda una serie de dinámicas y limitaciones de este modelo de organización que ya se pusieron en relieve en el pasado,

pero que se siguen manteniendo en el presente debido a ese estancamiento en la derrota, crisis y situación de pobreza ideológica al no aceptar el fracaso y la caducidad del ciclo revolucionario anterior y determinadas fórmulas de éste. Nos referimos a innumerables cuestiones como el centralismo burocrático (deformación del aspirado centralismo democrático), la reproducción de dinámicas propias del sistema de producción mercantil en la militancia (trabajo, alienación), la disciplina burguesa (caricatura de la aspirada disciplina consciente), el funcionamiento por inercia, el dogmatismo, la jerarquía, el seguidismo y un largo etcétera. En este panorama, un militante comunista en una organización donde prima el centralismo burocrático se siente como un productor de mercancías, cuyo fruto de su trabajo no sabe adónde va a parar y simplemente funciona por inercia cumpliendo la tarea que le han asignado. Si bien es lógico que ciertas dinámicas propias del modo de producción existente se reproduzcan hasta cierto punto, el nivel que se alcanza complica mucho que este tipo de organizaciones puedan presentarse como semillas de la nueva sociedad a construir. Si las decisiones bajan rápido pero las propuestas de los colectivos de base se pierden en la subida, si se premia con ascensos el trabajo que alimenta los mecanismos de reproducción de la organización y se margina a los cuadros críticos que tengan como máxima preocupación el horizonte revolucionario, si el cobro de cuotas es el aspecto en el que más rigurosa y exigente es la organización, si se escucha y vale más la opinión de un alto cargo que la de un militante de base solo por su posición, si, en definitiva, funciona como un partido burgués, quizás sea porque, tanto por sus aspiraciones como por sus dinámicas, se aleje bastante de la organización revolucionaria que requiere el proletariado para su emancipación.

EL SURGIMIENTO DE MONSTRUOS: LAS TENDENCIAS REACCIONARIAS EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA

En este impasse histórico entre el cerrado ciclo revolucionario del siglo XX y el ciclo revolucionario del futuro, en este momento de derrota histórica y de ausencia absoluta de un proyecto emancipador, surgen los monstruos. No es extraño que en momentos históricos como éste aparezcan movimientos reaccionarios de todo tipo, incluyendo aquellos que tienen una tradición de izquierdas. Sin embargo, lo relativamente novedoso de este nuevo escenario es que nos encontramos ante movimientos reaccionarios de tradición comunista que se revisten de marxismo y que pretenden proyectarse desde éste. Algunos dirán que es una tontería y que simplemente estamos ante sectores más conservadores en algunos ámbitos, mientras que se mantienen comunistas en lo fundamental (lo económico desde su punto de vista, claro está). No obstante, qué clase de marxistas seríamos si no entendiéramos todo en su totalidad e interrelacionado. No puede pretenderse acabar con el capitalismo sin abolir las relaciones sociales que lo conforman en su totalidad y construir otras nuevas. Otros afirmarán que sigue siendo una absurdidad sin fundamento y que es buscar enemigos en nuestra propia trinchera, pero no sería la primera vez que se articulan movimientos reaccionarios desde espacios progresistas o abiertamente revolucionarios, ya tenemos ejemplos como el del sindicalismo revolucionario y el fascismo a principios del siglo XX. ¿Qué nos hace pensar que es imposible que movimientos reaccionarios se gesten ahora desde espacios donde domina un marxismo vulgar encallado en una profunda crisis política e ideológica y vayan difundiendo entre unos sectores tradicionales o anteriormente acomodados de la clase obrera frustrados por la pérdida de relevancia política y de posición social ante su derrota y el avance de otros sectores y movimientos surgidos en el paradigma de la posmodernidad? Pero dejando de lado estos posibles paralelismos históricos, nos centraremos de nuevo en el carácter claramente reaccionario de estos movimientos que muchos han tendido a llamar rojipardos. Este

término, si bien tiene sus limitaciones y problemáticas, se ha popularizado bastante últimamente y nos sirve para hablar de esta tendencia generalizada²⁰⁶.

206. Nevado, J. L.; *El eterno retorno de lo mismo: 12 fragmentos rojipardos*, 2021, El Salto Diario.

Como hemos comentado previamente, este tipo de movimientos se encuadran en la postura negativa o «anti-posmoderna», siendo los que suelen hacer un uso más banal, simplista y tergiversado del término posmodernidad. Desaprueban la llegada de la posmodernidad y utilizan este concepto como comodín para describir todo aquello que no encaja en su cosmovisión. Este tipo de «análisis» tan reduccionistas de estos sectores reaccionarios suelen ir vinculados a críticas a la diversidad (que altera su cosmovisión en general y su visión sesgada del sujeto revolucionario en particular), a movimientos surgidos en la posmodernidad, a todo análisis que no caiga en el economicismo u obrerismo, etc. De hecho, su rechazo llega a tal punto que identifican la posmodernidad con decadencia y degeneración de la sociedad. ¿Recordáis a Marx, Engels o algún/a gran comunista basando su pensamiento y discurso en la degeneración de la modernidad y apelando a la vuelta a algún tipo de pasado idealizado? ¿No os suena, en cambio, que fascistas y reaccionarios del siglo XX sí que recurrieran a ello al hablar del declive de la sociedad moderna occidental? No se es reaccionario simplemente por el rechazo a la lógica de la posmodernidad, sino por la respuesta que se ofrece ante tal desaprobación.

Curiosamente, en su rechazo tajante a la posmodernidad, estos movimientos acaban reproduciendo a la perfección sus dinámicas y llegando al mismo callejón sin salida. Esa nostalgia de un pasado mejor y en orden (que ya se podía encontrar en la modernidad y ahora se intensifica), esa primacía (casi esclavitud, diríamos) de la estética, esa identidad obrerista tradicional que contraponen al resto de identidades (al «otro»), esa resignificación y reivindicación de lo existente, esa apelación a volver a repetir las experiencias revolucionarias del pasado o a pasar por estados de transición previos a la emancipación ante la imposibilidad de imaginar un nue-

vo horizonte revolucionario, etc. Al final, no nos queda más que una imagen esperpéntica de unos movimientos que, en un intento de criticar la posmodernidad girando todo su discurso y actividad política en torno al rechazo de ésta, acaban reproduciendo inconscientemente sus dinámicas a la perfección y contribuyendo a su perpetuación. Todo esto sería motivo de mofa si no fuera por lo nocivo y peligroso que puede ser para determinados colectivos, minorías y el movimiento comunista en sí.

Ante su llegada a este callejón y su incapacidad para concebir la construcción de un movimiento revolucionario independiente o simplemente de algo más allá de lo dado o existente, como hemos dicho, acaban intentando reapropiarse, resignificar y reivindicar conceptos, instituciones y formas tradicionales propias de la sociedad burguesa y/o de la reacción como pueden ser la nación, la patria, la familia, el Estado, etc. Y es en ese intento de posicionarse en disputas burguesas y de diferenciarse de sectores más progresistas, socialdemócratas, socioliberales o simplemente favorables a los cambios y novedades de la posmodernidad cuando, al carecer de una línea independiente debido a esa derrota y crisis mencionada y tener que recurrir a formas de conciencia e ideología ajenas al marxismo, acaban tomando posturas claramente reaccionarias (aunque las tiñan de rojo). Así pues, nos encontramos que estos movimientos (autoconcebidos y autodenominados comunistas) tienen una serie de rasgos y posturas que si empiezas a entretejer no pueden llevarte a otra conclusión que no sea su encuadramiento dentro de la reacción: el discurso y la estética obrerista, la aspiración a un Estado fuerte, burocrático y reforzado aún con su coetilla de obrero (la abolición del Estado parece ser algo propio de vándalos y subversivos anarquistas), la defensa simplemente de una economía intervenida (la socialización de los medios de producción y la superación del sistema de producción de mercancías totalmente descartada), la defensa férrea del Estado-nación ante la pérdida de autonomía con el advenimiento de plataformas transnacionales, el control y encuadramiento de las masas

a este Estado, la exaltación de la comunidad nacional frente al individualismo y al cosmopolitismo, la positivización del trabajo (que dignifica) y de la clase obrera (que mantiene su condición de explotada y no alcanza su emancipación), el culto a la jerarquía, al líder y a la personalidad, el militarismo, el repliegue nacional abandonando cualquier perspectiva internacionalista, la defensa acérrima de la familia como núcleo estructurador de la sociedad, el chovinismo de gran nación más tímido y encubierto o el nacionalismo más trasnochado, el odio a determinadas minorías y colectivos que no encajan en su cosmovisión (que luego comentaremos), incluso progresivamente la conciliación entre clases con la aproximación al pequeño burgués nacional. Todas estas características tomadas de forma aislada pueden decirnos poco, pero comprendidas en su totalidad nos empiezan a sugerir ciertas conclusiones.

Y es que ya no solo hablamos de una serie de características concretas o de su lenguaje (que también son muy reveladores), sino de sus propios principios ontológicos, de su forma de entender la realidad. Parten estos de la existencia de un todo cerrado formado por diferentes partes que, si bien pueden adornar con palabras como cambiantes e interrelacionadas, están en orden y armonía entre sí y cumplen su función en ese todo. En ese todo cerrado el orden social encajaría a la perfección con el orden natural y viceversa. Sin embargo, llegados a determinado momento histórico (como puede ser la posmodernidad), esto se quebraría. Ese modelo armónico, ordenado, comprensible, completo y sin contradicciones se resquebrajaría con la aparición de una serie de elementos o agentes externos corruptores y entonces surgiría este mundo líquido, complejo, corruptible, carente de sentido e incierto, empezando una etapa de declive y decadencia. Ante esta ruptura, presentan la necesidad de esa vuelta a un pasado en el que todo era armonioso o estaba encaminado a ese equilibrio. De esta manera, frente a las contradicciones que presenta la sociedad de clases, positivizan una serie de elementos (ya comentados) y negativizan su antítesis (sus elementos contra-

207. Traverso, E.; *Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile*, 2005, Revista Ayer.

rios), que serían los responsables de esa ruptura y desintegración del mundo armónico. Así pues, crean una multiplicidad de figuras de alteridad: la alteridad política de los «progres» y «posmos», la alteridad social del lumpenproletariado, de los criminales y de los alteradores del orden, la alteridad de género de las personas trans y queer, etc. Todas estas figuras serían portadoras de estigmas de degeneración que las convertirían en enemigos. Incluso, en algunos casos, llegándose a la patologización y conversión de estas figuras en categorías médicas («enfermos degenerados», por ejemplo)²⁰⁷.

Desde esta perspectiva, la conclusión lógica sería, pues, la necesidad de acabar con todas estas figuras degeneradas y corruptoras. De esta manera, toda su acción política gira en torno al constante ataque a estas figuras y a los movimientos que las engloban o que ellas mismas lideran, así como al paradigma decadente en el que surgen o experimentan un auge y una mayor visibilidad. Todo ello se suele justificar mediante narrativas como puede ser la del progreso, según la cual en determinado momento nos desviamos del desarrollo histórico progresivo y ahora nos correspondería volver al punto de divergencia y retomar en nombre del progreso el desarrollo lógico de la historia de la humanidad hacia el futuro. Sin embargo, sus límites empiezan en sus propias premisas y hacen imposibles sus conclusiones, puesto que para articularse necesitan de ese «otro» con el que pretenden acabar. Sin la existencia del «otro», ellos tampoco pueden existir. Todo este esquema que hemos presentado y esa ideología de la nostalgia responde a las bases ontológicas propias del pensamiento fascista. Y es que se tiende a pensar que solo se puede ser reaccionario si el modelo que se desea retomar tiene una antigüedad milenaria o era de derechas, conservador, fascista o reaccionario en su tiempo, pero lo cierto es que tener como referencia en ese sentido una experiencia pasada de izquierdas, progresista o socialista en su día (sea la URSS de los años treinta o cualquier otro ejemplo del estilo), pensando que la adhesión a ésta garantizaría una posición dentro de la iz-

quiera actual, no impide que se siga a día de hoy una línea teórica y práctica reaccionaria.

Todo esto, unido a su marxismo vulgar y tergiversado, que deriva en un economicismo y obrerismo incapaz de comprender, entre otras cosas, la totalidad del proletariado al limitarlo al obrero industrial fordista y renegar de la pluralidad de la clase obrera (convirtiéndose así en la otra cara de la moneda que acaba teniendo una visión parcial y excluyendo a amplios sectores de nuestra clase actualmente hegemonizados por otros movimientos), a su esencialismo biologicista, a su materialismo naturalista alejado de la dialéctica, a su cientifismo y supuesto objetivismo barato, etc., nos muestra claramente que, por mucho que intenten revestir de marxistas, no lo son. El debate, por tanto, debe centrarse más bien en torno a su definición como reaccionarios o directamente fascistas, a su inclusión o su utilidad para los neofascismos (o fascismos por venir), etc. Y dicho todo esto, espero que a todo aquel o aquella que haya coqueteado con este tipo de tendencias y haya llegado hasta aquí le sirva para reflexionar sobre qué viraje político está tomando. No obstante, tampoco podemos ser ingenuos ni titubear, estos movimientos y sus integrantes en general forman parte de la reacción. Es hora de intensificar la lucha contra ellos y excluirlos definitivamente del movimiento comunista, al cual no pertenecen por mucha estética y folclore del que hagan gala y cuya causa más noble embrutecen: la emancipación del proletariado y, por tanto, de la humanidad.

MUCHAS PREGUNTAS, POCAS RESPUESTAS... ¿QUÉ

HACER?

Tras todo el análisis que llevamos realizado, hemos ido desechando toda una serie de posturas de dos tendencias genéricas y generando dudas sobre qué posiciones tomar en su lugar. Así pues, quedan aún sin respuesta innumerables preguntas y cuestiones fundamentales para las problemáti-

cas del movimiento comunista a día de hoy: ¿cómo superar la crisis ideológica del marxismo y qué contenido es necesario para su reelaboración?, ¿cómo superar el momento de derrota histórica y el estado de letargo en el que se encuentra el movimiento comunista desde hace décadas?, ¿cómo podemos organizar la revolución en la actualidad?, ¿qué modelo de organización debemos adoptar en este contexto para ello?, ¿cuál es el sujeto revolucionario actual o cómo debemos concebirlo?, ¿qué praxis debemos llevar a cabo?, ¿qué lecciones extraemos de las experiencias revolucionarias del pasado?, ¿qué alternativa al sindicalismo corporativizado al Estado podemos tomar?, ¿cómo debe proyectarse el movimiento comunista en el tablero de juego internacional en un momento de dominio de grandes alianzas supranacionales?, etc. Desde mi perspectiva, y quizás esto sea lo más decepcionante del artículo para algunos (para mí, lo más sensato y realista), todas estas cuestiones solo podrán ser resueltas por un determinado sector de forma colectiva mediante el intercambio de ideas y experiencias prácticas. Hablamos de un potencial bloque (ya que por ahora carece de unidad, cohesión y propuesta que oriente una praxis conjunta) que hemos comentado antes al hablar de esa tercera postura ante la posmodernidad. Nos referimos pues a ese sector del movimiento comunista que, a pesar de estar marcado actualmente por la fragmentación y la heterogeneidad, comparte unas mismas premisas y objetivos.

Aparte de esa postura ante la posmodernidad que hemos comentado previamente, este sector tiene como punto de partida la consciencia de la necesidad de una renovación o reelaboración del marxismo desde sus propias bases teóricas y filosóficas en este nuevo contexto histórico. Así pues, se trataría de revigorar y reformular conceptos como la universalidad, la totalidad o el sujeto (revolucionario) desde el nuevo plano en el que nos encontramos y con las lecciones extraídas de las últimas décadas. Frente a visiones sesgadas del proletariado, como su comprensión fragmentada (propia de tendencias influidas por la interseccionalidad) o su enten-

dimiento excluyente que hace pasar por universal lo que no es más que la identidad particular propia o interesada como, por ejemplo, la del obrero fabril fordista (algo común de las tendencias reaccionarias), este sector aspira a una concepción realmente totalizante y universal del proletariado. Una concepción que, como ya hemos avanzado antes, contemple su unidad desde el respeto a su heterogeneidad y diversidad, pues sino nada tendría de universal y totalizante, y desde la igualdad de importancia de los diferentes y variados sectores, problemáticas y opresiones (de clase, de género, de raza, etc.) que padece el proletariado en su totalidad y que tienen su origen en una raíz común: la sociedad de clases. Además, esta tendencia también parte de la asunción de la derrota histórica del ciclo revolucionario del siglo XX y niega todo análisis unilateral de las experiencias de éste, tanto los que caen en su reivindicación ciega como los que pretenden hacer como si nada hubiera pasado. Y es que no se trata hoy de apoyar o no determinados regímenes o experiencias revolucionarias, sino de desentrañar las causas por las cuales acabaron estas cayendo y no alcanzando el horizonte emancipador que se prometían. Hay que dejar de decir que debemos aprender de sus errores como un simple cliché, entender realmente qué ocurrió y someter a crítica todos estos procesos históricos. Y, por último, relacionado con lo anterior, esta naciente tendencia no puede entenderse sin esa pretensión de situarse en el presente, analizar las condiciones de existencia actuales, poner de manifiesto sus contradicciones y articular un proyecto que tenga como objetivo la superación del capitalismo tardío. Así pues, en el momento en el que más numeroso es el proletariado y mayor es la tasa de proletarización de la fuerza de trabajo (Guerrero), que más internacional es el capital y que más en contacto estamos por la casi total anulación de los límites espacio-temporales con la globalización, cualquier propuesta que no tenga como objetivo la recuperación de una perspectiva internacionalista y proletaria (como pueden ser las de repliegue nacional, de alianza con la burguesía nacional frente al capital internacional, etc.) no es más que una

traba o retroceso para el desarrollo de un movimiento revolucionario a escala mundial.

Solo desde estas premisas se podrá superar esta crisis política e ideológica en la que llevamos décadas estancados y articular un movimiento comunista verdaderamente revolucionario que sea capaz de romper con el panorama de apatía actual y aspirar a alcanzar los objetivos a los que todo y toda comunista debería tener: la construcción de una sociedad sin clases basada en la asociación de individuos libres, es decir, el comunismo (con la consecuente emancipación de la humanidad). Sin embargo, cabe recordar que, aunque este tipo de reflexiones ya lleven tiempo planteándose o incluso llevándose a cabo parcialmente, ahora mismo no somos nada más allá de individuos o pequeños grupos fragmentados y quedan infinitos aspectos por concretar. No obstante, no podemos olvidar que tenemos la potencialidad de ser algo más. De ahí la importancia de empezar a generar contactos y espacios comunes propicios para el intercambio ya comentado de ideas y experiencias, para los grandes debates que son y serán tan necesarios en el seno del movimiento comunista, con la idea de que, de cara a largo plazo e incluyendo otras variables, esto acabe cristalizando en un proyecto que pueda constituir un nuevo movimiento revolucionario basado en un marxismo adecuado al contexto del siglo XXI. Estamos hablando, pues, de una construcción desde abajo en la que serán fundamentales proyectos y espacios sociales, políticos y culturales compartidos como sindicatos de base, ateneos, revistas, charlas, programas en plataformas audiovisuales, etc. En caso de no iniciar esta aproximación y todo lo que debe conllevar, todos y todas aquellas que nos consideremos dentro de este sector naciente, tendencia o potencial bloque, no tendremos otra opción que la contemplación, que ver cómo determinados movimientos pelean por gestionar mejor o peor el capital y contribuir de forma más o menos evidente a la opresión del proletariado.

Algunos ya han definido el siglo XXI como el siglo de la derrota en el que, a lo sumo, conseguiremos acabar dirigiendo el fracaso del ciclo revolucionario anterior. Otros afirman que el siglo XXI aún no ha empezado como tal, que seguimos estancados en las dinámicas de finales del siglo anterior y que el próximo ciclo revolucionario que inauguraré este siglo está por aparecer. Sin embargo, lo cierto es que todo depende de nosotros y nosotras. En nuestras manos está la posibilidad de levantarnos del golpe recibido en el siglo pasado, rechazar las fórmulas caducas del ciclo revolucionario anterior y empezar a dirigir todos nuestros esfuerzos a la revigorización del marxismo desde sus propias premisas y a la construcción de un movimiento comunista organizado que responda a las condiciones y necesidades del siglo XXI.